

dormirme, porque no era decente esperar de esa manera una visita semejante.

Parece que era regular que el marqués hubiera desistido de su intento, al verlo prevenido y reprochado tan á tiempo; mas estaba ciego, era marqués, estaba en su casa, y según á él le pareció no había ni testigos ni quien embarazara su vileza; y así, después de probar por última vez los rugos, las promesas y las caricias, viendo que todo era inútil, abalanzó á su mujer, que se pasaba por la ventana, y después de ella de caer en el colchón, cuando ya el marqués estaba tendido en el suelo, porque Domingo, luego que conoció el punto crítico en que era necesario, salió por debajo de la cama, y abrazando al marqués por las piernas, lo hizo medir el estrado de ella con las costillas.

Mi esposa me ha escrito que á no haber sido el motivo tan serio, le hubiera costado trabajo el moderar la risa, pero no fué el caso para menos. Ella se sentó inmediatamente en el borde de su cama, y vió tendido á sus pies al extranjero de mi honor, que no osaba levantarse ni hablar palabra, porque el jayán de Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal, y diciéndole á su esposa, llena de cólera: —¿Lo mató,



Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal

señora? ¿Lo mato? ¿Qué dice? Si mi amo estuviera aquí, ya lo hubiera hecho; conque ansina nada se puede perder por orrarle ese trabajo: antes cuando lo sepa, me lo agradecerá mucho.

Mi esposa no dió lugar á que acabara Domingo de hablar, sino que, temerosa no fuera á suceder una desgracia, se echó sobre el brazo del puñal, y con ruegos y mandatos de ama, á costa de mil sustos y porfías, logró arrancárselo de la mano y hacer que dejara al marqués en libertad.

Este pobre se levantó lleno de enojo, vergüenza y temor, que tanto le impuso la bárbara resolución del mozo. Mi esposa no tuvo más satisfacción que darle, sino mandar á Domingo que se retirara á la segunda pieza, y no se quitara de allí, y luego que éste la obedeció, le dijo al marqués:

—¿Ve usted, señor, al riesgo á que lo ha expuesto su inconsideración? Yo presumí, según le insinué poco hace, que se había de determinar á mancillar mi honor y el de mi esposo por la fuerza, y para impedirlo, hice que este criado se ocultara en mi recámara. Llegó el caso temido, y á este pobre payo, que no entiende de muchos cumplimientos, le pareció que el único modo de embarazar el designio de usted era tirarlo al suelo y asesinarlo, como lo hubiera verificado á no haber yo tomado el justo empeño que tomé en impedirlo. Yo

conozco que él se excedió bárbaramente, y suplico á usted que lo disculpe; pero también es forzoso que usted conozca y confiese que ha tenido la culpa. Ya le he dicho á usted mil veces que le agradezco muy mucho y le viviré reconocida por los favores que tanto á mí como á mi marido nos ha dispensado, mucho más, cuando advierto que ni el uno ni la otra los merecemos; pero, señor, no puedo pagarlos en la moneda que usted quiere. Soy casada, amo á mi marido más que á mí, y sobre todo, tengo honor, y éste, si una vez se pierde, no se restaura jamás. Usted es discreto; conozca la justicia que me asiste; trate de desechar ese pensamiento que tanto lo molesta y me incomoda, y como no sea en eso, yo me ofrezco á servirle como la última criada de su casa.

El marqués guardó un profundo silencio mientras que habló mi esposa; pero luego que concluyó, se levantó, diciendo:

— Señorita, ya quedo impuesto en el motivo que ocasionó á usted pretender quitarme la vida alevosamente, y quedo medio persuadido á que si no tuviera esposo me amaría, pues yo no soy tan despreciable. Yo trataré de quitar este embarazo, y si usted no me correspondiere, se acordará de mí, se lo juro.

Diciendo esto, sin esperar respuesta, se salió de la recámara, y mirando á Domingo en la puerta, le dijo: — Has procedido como un villano vil, de quien no me

es decente tomar una satisfacción cuerpo á cuerpo; mas ya sabrás quién es el marqués de T.

Mi esposa, que me escribió estas cosas tan pormenor como las estoy contando á usted, no entendió que aquellas amenazas se dirigieran contra mí y la existencia de mi criado.

Ella esperaba la aurora para tratar de librarse de los riesgos á que su honor se hallaba expuesto en aquella casa prostituída, y mucho más cuando el criado la contó lo que le había dicho el marqués, añadiendo que él pensaba partir á otro día de la ciudad, porque temía que lo hiciera asesinar.

Mi esposa aprobó su determinación; pero le rogó que la dejara en salvo y fuera de aquella casa, y mi mozo se lo prometió solemnemente; para que se vea que entre esta gente, que llamamos *ordinaria* sin razón, se hallan también almas nobles y generosas.¹

Rasgó el sol los velos de la aurora y manifestó su resplandeciente cara á los mortales, y mi esposa al instante trató de mudarse de la casa; ¿pero á dónde, si carecía absolutamente de conocimiento en México? Mas ¡oh lealtad de Domingo! Él le facilitó todo, y le dijo: —

¹ Verdad es que á los criados se les llama enemigos domésticos; que por lo regular, ni tienen buena cuna ni educación, y que casi siempre más sirven por el salario que por amor; pero no es menos cierto que ésta no es regla general. Hay de todo; así como hay amos altaneros y soberbios cuyo trato duro no merece el amor de sus domésticos. Trátese los criados con cariño y humanidad, y rara vez dejarán de corresponder á sus señores con amor, gratitud y respeto.

Lo que importa es que su merced no esté aquí, y más que esté en medio de la plaza. Voy á llamar los cargadores.

Diciendo esto, se fué á la calle, y á poco rato volvió con un par de indios á quienes imperiosamente mandó cargar la cama y baúl de mi esposa, que ya estaba vestida para salir; y aunque la vieja hipócrita procuró estorbarlo, diciendo que era menester esperar al señor marqués, el mozo, lleno de cólera, le dijo:—¡Qué marqués ni qué talega! El es un pícaro y usted una alcahueta, de quien ahora mismo iré á dar cuenta á un alcalde de corte.

No fué menester más para que la vieja desistiera de su intento, y á los quince minutos ya mi esposa estaba en la calle con Domingo y los dos cargadores; pero cuando vencían una dificultad hallaban otras de nuevo que vencer.

Se hallaba mi esposa fatigada en medio de la calle, con los cargadores ocupados y sin saber á dónde irse, cuando el fiel Domingo se acordó de una nana Casilda que nos había lavado la ropa cuando estábamos en el mesón, y sin pensar en otra cosa, hizo dirigir allá á los cargadores.

En efecto, llegaron, y descargados los muebles, le comunicó á la lavandera cuánto pasaba, añadiéndole que él dejaba á mi esposa á su cuidado, porque su vida

corría riesgo en esta capital; que la señorita su ama tenía dinero; que de nada necesitaba, sino de quien la librara del marqués; y que su amo era muy honrado y muy hombre de bien, que no se olvidaría de pagar el favor que se hiciera por su esposa. La buena vieja ofreció hacer cuanto estuviera de su parte en nuestro obsequio; mi fiel consorte le dió cien pesos á Domingo para que se fuera á su tierra, y nos esperara en ella, con lo cual él, llenos los ojos de lágrimas, marchó para Jalapa, advertido de no darse por entendido con la madre de mi esposa.

Luego que el mozo se ausentó, la viejita fué en el momento á comunicar el asunto con un eclesiástico sabio y virtuoso á quien lavaba la ropa, y éste, después de haber hablado con mi esposa, dispuso las cosas de tal manera, que á la noche durmió mi mujer en un convento, desde donde me escribió toda la tragedia.

Dejemos á esta noble mujer quieta y segura en el claustro, y veamos los lazos que el marqués me dispuso, mucho más vengativo cuando no halló á mi esposa en la casa de la vieja, ni aún pudo presumir en dónde se ocultaba de su vista.

Lo primero que hizo fué ponerme un propio avisándome estar enfermo, y que luego, leída la suya, enfardelara las existencias y me pusiera en camino á